

FRAGMENTACIONES de Alberto Castro Leñero ¹

Bolívar Echeverría

La pintura de Alberto Castro Leñero ejerce sobre el espectador una atracción difícil pero irresistible. Difícil, porque desdeña lo fascinante. Irresistible, porque atrae desde lo enigmático.

Castro Leñero no quiere que se pase por alto el grado de dificultad que ha elegido para pintar, y que es el mismo que exige para la contemplación de lo que pinta. El formato de sus cuadros lo sugiere ya de entrada. Cada uno de los que componen la serie **Fragmentaciones** es como una apertura sobre el horizonte de lo representado, pero es una ventana que está ahí lo mismo para permitir la mirada que para obstruirla. Son cuadros en forma de grandes troneras que prometen un paisaje y se concentran, sin embargo, sólo en un retazo del mismo o en un objeto; o tienen la forma de una gran T, con dos esquinas que tapan sus ángulos inferiores y que impiden ver, a derecha e izquierda, la parte más cercana de aquello que debería poderse ver.

La pintura de ACL no es luminosa. No lo es ni siquiera bajo el modo crepuscular de la melancolía. Pero tampoco tiene el encanto de lo sombrío y lo hosco. Es, más bien, desencantada y violenta; parece desconfiar de todo, salvo de la propia furia, que quiere conectarse con la furia objetiva del mundo.

La figuración en Castro Leñero es como el resultado de un intento de representar las cosas del mundo al que una iluminación repentina le hubiese mostrado su inutilidad; lo mimético es en ella apenas una reminiscencia, un resto que está en camino de cristalizar como un signo desconocido o como una señal indescifrable: redes, nervaduras, vermes, armazones, poliedros y sobre todo ciertos objetos de apariencia fría, amenazadora. Ejemplar es, en este sentido, el desnudo femenino de **Figura con signo**: el dibujo del cuerpo retorcido en torno a su propio eje y visto desde atrás y desde abajo, se descompone en su propia geometría, se hunde en la superficie coloreada y cede a ésta su función protagónica.

Lo enigmático atrae desde el abierto conflicto que se observa entre la expresividad desatada de los colores, de fuertes tentaciones abstractas, y la resistencia de lo

¹Para el Catálogo de la exposición "La fragmentación", en el Centro Cultural San Angel, del 18 de Marzo al 11 de Abril de 1993.

figurativo a dejarse arrollar por ella. Una agitación cromática, en la que predominan los rojos, los azules o los verdes profundos, se deja atravesar por trazos figurativos; una agitación que para éstos es una trampa porque les domina y los somete al registro de significación pictórica que es propio de ella, a la dramaticidad del color. Juego cromático reconcentrado, ensimismado en sus conflictos; visitado a veces por destellos de apertura y limpidez, pero que permanece sin embargo fiel a una impureza original, que es el sustento y el punto de partida de su expresividad. La vieja contradicción del expresionismo acosa también a la pintura de Castro Leñero. Por un lado, el impulso que lleva a concentrar en el color toda la densidad semiótica de la superficie pintada --para que sea él quien diga o "exprese" en el estallido cromático la plenitud de la vivencia instantánea--. Por otro, enfrentado a él, la necesidad de disciplinarse y contenerse, de cumplir con la tarea de sustituir al dibujo y a la composición en sus aportes específicos al trabajo del representar.

Pero la voluntad de forma expresionista adquiere en la pintura de Castro Leñero una dimensión nueva, no sólo contemporánea en general, propia del fin de un siglo corto pero violento y definitivo en su capacidad de destrucción, sino correspondiente a un aquí y un ahora concretos. México, Distrito Federal, perfectamente ubicado en "la década perdida".

Moderno es el placer estético que se goza en la representación del mundo; por ello, el "arte moderno", desde hace cien años, ha sido en verdad siempre anti-, trans- o post-moderno. El placer estético que propone tiene una dimensión intensamente perversa; si en algo pone el goce es justamente en la imposibilidad de la representación del mundo. La obra no puede sólo representar al mundo porque ella misma es un fragmento del mundo; su relación con él no es sólo metafórica sino también metonímica. El hacer del artista es él mismo una hechura; la contemplación de la obra es ella misma una parte de la vida. Uno y otra son tanto el acto de explorar el objeto como el propio objeto explorado.

La superficie de cuadros como los de Castro Leñero no es lisa; es una rugosidad cromática que no respeta las dos dimensiones adjudicadas al material del trabajo pictórico. Son cuadros de una pintura que no está en buenos términos con la sabiduría del discurso ni tampoco con el encargo que éste le hace de representar su mundo imaginado; que se rebela contra ese encargo poniendo de manifiesto la resistencia del mundo a convertirse en imagen, impugnando la reducción del arte a una mera representación. La superficie de los cuadros de Castro Leñero es exageradamente

rugosa, resaltada, frecuentada incluso por incrustaciones, objetos que no han terminado de hundirse, de ser tragados por ella.

El enigma que atrae desde la pintura de Castro Leñero parte sin duda de las potencialidades de ese gesto estético que subyace en la revolución formal del "arte moderno" --"invito a disfrutar la imposibilidad del disfrute"--. Pero es un enigma que en ella se agudiza y enriquece en virtud de su fidelidad al carácter perverso de la situación que representa y que expresa.